

Homilía de XXIX Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2017 - 2018 - (Ciclo B)

“El que quiera ser grande, sea vuestro servidor”

Introducción

Aunque este imponderable regalo salió bueno de las manos de Dios, de hecho, la Creación entera se ve sometida al sufrimiento, manifestado, entre otros modos, por medio de un gemido intenso, que percibía con lucidez san Pablo (Rm 8, 22). Una diversidad de dolor aflige especialmente a los animados y, señaladamente, a los humanos. El Mesías que presenta hoy el profeta Isaías está todo él embebido en el sufrimiento, aquejado por «fatigas del alma» y dañado por las más variadas dolencias. Pleno de dolor y, sin embargo, lo asume y acepta libremente (Is 53, 4).

Inmerso ya el «Deseado de las naciones» en la historia de la humanidad, declara a Santiago y Juan su soberana disponibilidad para «beber el cáliz» (Mc 10, 35). Previamente, había expresado ya a todos los apóstoles el alcance de tal imagen: «El Hijo del hombre será entregado... lo condenarán a muerte y entregarán a los gentiles» (Mc 10, 33).

La Creación, los individuos, el Mesías ya encarnado, sus seguidores... ¡Todos aquejados por los padecimientos! ¿Qué sentido tiene? ¿Existe una vía de salida para este misterio, también en el momento actual?

Hoy la Palabra de Dios invita y sostiene en un empeño orientado a encontrar respuestas para semejantes interrogantes. La fe sigue acompañando, para que pueda sobrepasarse lo puramente razonable.



Fray Vito T. Gómez García O.P.
Convento de Santo Tomás (Sevilla)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del Profeta Isaías 53, 10-11

El Señor quiso tritularlo con el sufrimiento, y entregar su vida como expiación: verá su descendencia, prolongará sus años, lo que el Señor quiere prosperará por su mano. Por los trabajos de su alma verá la luz, el justo se saciará de conocimiento. Mi siervo justificará a muchos, porque cargó con los crímenes de ellos.

Salmo

Sal. 32, 4-5. 18-19. 20 y 22 R/. Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti

La palabra del Señor es sincera, y todas sus acciones son leales; él ama la justicia y el derecho, y su misericordia llena la tierra. R/. Los ojos del Señor están puestos en quien lo teme, en los que esperan su misericordia, para librar sus vidas de la muerte y reanimarlos en tiempo de hambre. R/. Nosotros aguardamos al Señor: él es nuestro auxilio y escudo. Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 4, 14-16

Hermanos: Ya que tenemos un sumo sacerdote grande que ha atravesado el cielo, Jesús, Hijo de Dios, mantengamos firme la confesión de fe. No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo, como nosotros, menos en el pecado. Por eso, comparezcamos confiados ante el trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia para un auxilio oportuno.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Marcos 10, 35-45

En aquel tiempo, se acercaron a Jesús los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, y le dijeron: «Maestro, queremos que nos hagas lo que te vamos a pedir». Les preguntó: «¿Qué queréis que haga por vosotros?». Contestaron: «Concédenos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda». Jesús replicó: «No sabéis lo que pedís, ¿podéis beber el cáliz que yo he de beber, o bautizaros con el bautismo con que yo me voy a bautizar?». Contestaron: «Podemos». Jesús les dijo: «El cáliz que yo voy a beber lo beberéis, y seréis bautizados con el bautismo con que yo me voy a bautizar, pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, sino que es para quienes está reservado». Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra Santiago y Juan. Jesús, llamándolos, les dijo: «Sabéis que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el

que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos. Porque el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos».

Pautas para la homilía

El enigma del dolor, con todas sus aristas bien penosas, no se encuentra de tal modo sellado, que resulte imposible adentrarse en él, para encontrarle un sentido. Lo aclaran los textos del presente domingo, a partir ya del anuncio mesiánico que ofrece Isaías en la primera lectura (Is 53, 1-11). Es verdad que la oferta plena se halla en la consideración del comportamiento y palabras de Jesús.

En el breve fragmento del profeta se advierte que la aflicción —que carga sobre la humanidad del Mesías— no tiene la última palabra, ni será capaz de cerrar el curso de la historia o acabar con la estirpe humana. No deshará tampoco los planes de Dios. El horizonte, lejos de cerrarse inexorablemente, se amplía. El Redentor, todavía prometido, se presenta con plena voluntad para entregarse a sí mismo en expiación y así remover lo que es causa y raíz de los desajustes. La reparación por el pecado no podrá realizarla sino el Mesías ya encarnado, plenamente Dios y plenamente hombre, «entero en lo suyo y entero en lo nuestro», como escribía san León Magno hacia mediados del siglo V. La expiación nunca pudo hacerse, sino por Cristo, el Cordero que quita el pecado del mundo (Jn 1, 29), como lo manifiesta con fuerza santo Tomás (*Suma de Teología* I-II, q. 103, a. 2, c). Es el siervo anunciado que justificara a muchos cargando con sus culpas.

La presencia de Jesús en la historia, confirma lo anunciado también por el *Salmo responsorial* (Sal 33, 5, 18-23). Se pone de parte de la justicia y el derecho, revela el amor de Dios del que está llena la tierra, se muestra totalmente volcado hacia los que esperan en él. Sostiene en lo penoso de la vida y salva de la muerte. Es socorro y escudo para quien pone en él la esperanza.

Los apóstoles fueron conscientes de sus límites y, a la par, del poder, grandeza y gloria que asistía a Jesús. Algo que se necesita siempre para enfilar la senda de la salvación. Lo encuentran indefectiblemente de cara, atento, sensible y comprensivo a sus súplicas. También optimista, con relación a las posibilidades de aquellos discípulos (Mc 10, 35-45).

La llave o clave para franquear lo «racionalmente inexplicable» está en el *amor*, un amor autenticado y acrisolado en el *servicio* y, desde él, en la disponibilidad para dar a manos llenas, a entregar y entregarse, no de cualquier modo, sino en *rescate* «por muchos», es decir, *por todos*. Es lo que dice y hace Jesús. Su rescate, que conduce hacia la libertad del servicio, da mucho más de lo que se había perdido o malogrado. Él actúa la llave con la que penetra en los cielos, pero la deposita sobre las manos que están firmes en la fe, aun afectadas por la flaqueza, que, sin duda, él mismo experimentaba, «exactamente igual que nosotros» (Hb 4, 14-16).

El panorama, a simple vista, no se presenta como un campo inevitablemente florido. Más aun, basta el azote del viento para que las flores ya no existan (Sal 102, 15). Pero no se marchita nunca *la flor de los campos*, ni el *lirio de los valles* (Cant 2, 1, Vulgata). Es Cristo quien anima a toda la humanidad con las palabras que hoy se proclaman: «Acerquémonos, confiadamente, al trono de gracia a fin de alcanzar misericordia y hallar gracia para una vida oportuna» (Hb 4, 16).

Es este, puede asegurarse, el mensaje del DOMUND que hoy se celebra y que invita a la gratitud y al incremento de un servicio infatigable y sin fronteras al Evangelio. Un gran medievalista participaba en sus clases una convicción a la que había llegado, tras muchos años dedicado al estudio de la historia: «La Iglesia —decía— está Viva, cuando es Misionera. Pierde Vitalidad y Enferma, cuando se Repliega hacia dentro de sí misma» (Friedrich Kempf).



Fray Vito T. Gómez García O.P.
Convento de Santo Tomás (Sevilla)

Evangelio para niños

XXIX Domingo del tiempo ordinario - 21 de octubre de 2018



La petición de los hijos de Zebedeo

Marcos 10, 35-45

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo se acercaron a Jesús los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, y le dijeron: - Maestro, queremos que hagas lo que te vamos a pedir. Les preguntó: - ¿Qué queréis que haga por vosotros? Contestaron: - Concédenos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda. Jesús replicó: - No sabéis lo que pedís; ¿sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber, o de bautizaros con el bautismo con que yo me voy a bautizar? Contestaron: - Lo somos. Jesús les dijo: - El cáliz que yo voy a beber lo beberéis, y os bautizaréis con el bautismo con que yo me voy a bautizar, pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo; está ya reservado. Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra Santiago y Juan. Jesús, reuniéndolos, les dijo: - Sabéis que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. Vosotros, nada de eso; el que quiera ser grande, sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos. Porque el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos.

Explicación

También entre los seguidores de Jesús había algunos ambiciosos que esperaban ocupar al lado de Jesús lugares de poder. De ellos nos habla por ejemplo el Evangelio de hoy. Son los hermanos Santiago y Juan. Pero Jesús les ayuda a dejar poco a poco esas intenciones y acoger otras mejores que ocupen su corazón: compartir con él la vida, estar juntos en todo momento, ayudarse en situaciones difíciles, apoyarse cuando estén tristes y sobre todo, entregar la vida por lo demás.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

NARRADOR: Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, se presentaron a Jesús y le hicieron una petición:

SANTIAGO: Maestro, queremos que hagas lo que te vamos a pedir.

JESÚS: ¿y qué queréis que haga?

JUAN: Concédenos sentarnos en tu gloria, uno a tu derecha y otro a tu izquierda.

JESÚS: No sabéis lo que pedís.

SANTIAGO: ¿Por qué?

JESÚS: ¿Sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber?

JUAN: Sí, lo somos.

JESÚS: El cáliz que yo he de beber lo beberéis, pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda, está ya reservado.

NARRADOR: Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra los dos hermanos:

DISCÍPULO 1: Os lo merecéis por abusones.

DISCÍPULO 2: Ahora no os sentaréis ni a la derecha ni a la izquierda de Jesús.

JESÚS: ¡Basta ya! Callaos y escuchad. Los jefes de los pueblos los tiranizan y los grandes oprimen a los pequeños.

DISCÍPULO 1: Siempre se ha hecho así.

JESÚS: Pues vosotros no debéis hacerlo.

DISCÍPULO 2: Entonces, el que quiera ser grande...¿Qué debe hacer?

JESÚS: Será el servidor de los demás.

DISCÍPULO 1: ¿Y el que quiera ser el primero?

JESÚS: Será esclavo de todos.

DISCÍPULO2: Maestro, cada vez lo pones más difícil.

DISCÍPULO 1: A nadie le gusta ser servidor y esclavo de los otros.

JESÚS: Miradme a mí, no he venido para que me sirvan.

DISCÍPULO2: ¿Y para qué has venido, Maestro?

JESÚS: He venido para servir y dar mi vida en rescate por todos.

NARRADOR: Así terminó Jesús la jornada aquél día con sus discípulos.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández